



CONGRESO DE CULTURA ANDALUZA

CONGRESO  
DE  
CULTURA ANDALUZA



1984



*Imprime: Gráficas del Sur - San Eloy, 51 - Sevilla, 1978*  
*Depósito Legal SE - 147 - 1978*

# CONGRESO DE CULTURA ANDALUZA

Las actividades del  
Congreso de Cultura Andaluza  
comienzan el día  
Lunes 1 de mayo a las 10.  
Programa del Congreso. Dirigido por Carlos Rodríguez  
— ALBIR (Granada)  
— ASOCIACIÓN ESPAÑOLA  
— COOPERATIVA DE ACTORES ANDALUZZES  
— CÁDIZ (Huelva)  
— INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

CONGRESO  
DE  
CULTURA ANDALUZA

Las publicaciones del  
Congreso de Cultura Andaluza  
corren a cargo de la  
Unión Editorial Andaluza,  
miembro del mismo, integrada por cuatro editoriales:

- ALJIBE (Granada)
- ASTIGITANA (Ecija)
- COOPERATIVA DE AUTORES ANDALUCES  
(Sevilla, Huelva)
- DEMOFILO (Córdoba)

**Acta de Constitución  
del Congreso de Cultura Andaluza:**

- Memoria Gestiones Previas.
- Discurso Gala.
- Nominación.

Córdoba, 2 de abril de 1978

**PALABRAS DE PRESENTACIÓN  
DE LA ASAMBLEA GENERAL QUE EN NOMBRE  
DE LA COMISIÓN PROMOTORA,  
PRONUNCIÓ EMILIO PÉREZ RUIZ**

El día 19 de noviembre de 1977 se celebró en Ronda una reunión de representantes de asociaciones culturales y profesionales de Andalucía con el fin de iniciar las labores preparatorias del «Congreso de Cultura Andaluza» en presencia del Subdirector General de Animación Cultural y del Alcalde de Ronda, en la que se adoptaron entre otros los siguientes acuerdos:

- 1.º—Asumir colectivamente la idea del Club GORCA de Sevilla de promover la celebración del «Congreso de Cultura Andaluza».
- 2.º—Constituir una comisión Promotora del Congreso, integrada por representantes de las ocho provincias andaluzas, cuyos fines son:
  - a) Comunicarse con todos los pueblos y rincones de Andalucía invitando a municipios, centros, asociaciones, entidades, grupos, y en definitiva, al pueblo andaluz, donde quiera que se encuentre, a integrarse en las tareas previas del Congreso.
  - b) Canalizar la búsqueda de recursos económicos para financiar al Congreso.

Los reunidos —terminaba diciendo el comunicado público— esperan de todos los andaluces su interés, participación y apoyo a este Congreso de Cultura Andaluza, que tanto puede significar en reencuentro con nuestra identidad.

Durante el período de tiempo transcurrido, la Comisión Promotora ha celebrado reuniones en Ronda, Puente-Genil, Ecija, Ubeda, Arcos de la Frontera, Adra y Antequera, para poner en común las tareas realizadas en el cumplimiento de los objetivos marcados.

La acción se ha desarrollado en dos frentes: organización interna y difusión del Congreso. En estos órdenes se han elegido comisiones promotoras en toda Andalucía y en Cataluña, constituidas por entidades adheridas, profesionales, culturales, docentes, y ciudadanas, y al mismo tiempo se ha constituido un equipo gestor profesionalizado, para poder llevar adelante los trabajos de impulso y coordinación tanto de sectores como de campañas y de actos informativos.

En el orden informativo es donde más hemos incidido durante esta etapa, ya que era básico crear una conciencia pública de adhesión al Congreso, que reconociera su necesidad. Son incontables las noticias y emisiones que desde todas las emisoras andaluzas y catalanas, así como centrales, se han producido. Tenemos recogidas cientos de informaciones de prensa de diversos tipos y TVE ha realizado una decena de entrevistas y emitido multitud de noticias del Congreso de Cultura Andaluza.

La financiación de esta etapa ha corrido a cargo especialmente de los Colegios Profesionales que en diversa medida han ofrecido sus aportaciones, del Ministerio de Cultura y de otras entidades particulares y oficiales, abriéndose en este acto la suscripción popular de apoyo para las empresas y particulares, así como el período de inscripción de congresistas.

La Comisión Promotora, por último, ha elaborado los estatutos que han de regir la vida del Congreso de Cultura Andaluza y ha propuesto el Secretariado Provisional.

El sentido del Congreso de Cultura Andaluza será explicado por Antonio Gala a continuación, siendo sus palabras parte integrante de este acta de constitución.



## PRÓLOGO A UN CONGRESO DE CULTURA ANDALUZA

En 1883 Machado Alvarez, *Demófilo*, definió el pueblo como «la nebulosa de que se desprenden por diferencias inapreciables esos astros que se llaman individuos». Y llamó pueblo al conjunto de hombres y mujeres «que, por las condiciones especiales de su vida, se diferencian entre sí lo menos posible y tienen el mayor número de notas comunes (...) Son pobres y consumen su energía en trabajos principalmente físicos, y tienen, por la escasez de su cultura, horizontes menos amplios en que desenvolverse que los hombres ya más adelantados (...) En ellos —agregaba— predominan el sentimiento y la fantasía, siendo en este sentido más poetas que los hombres cultos y eruditos, por estar más cerca de la niñez que los hombres reflexivos».

De todas las regiones españolas, Andalucía acaso sea la que tiene más pueblo: la que —con arreglo a las palabras del padre del inagotable Antonio Machado— junto a los *astros* individuales, más visibles, posea la *nebulosa* más extensa. Pero, ¿se está seguro de que exista algo a que pueda llamarse *lo andaluz*; algo que sustente la variedad tan extremada de las Andalucías, desde sus formas de pronunciación hasta sus formas de lidiar la vida?

Prescindo de las diferencias sociales: hablo de un pueblo. Pero aun suponiendo que los habitantes de cada Andalucía fuesen idénticos, hagámonos unas cuantas preguntas: ¿qué relación cabe entre los naturales del Santo Reino de Jaén —que son casi como manchegos exhaustos por el esfuerzo de atravesar Despeñaperros, hasta el punto de que su *ronquío* podría atribuirse a la dificultad respiratoria originada por esa fatiga histórica— y los lúdicos y chirigoteros gaditanos, por el contra-

rio continuos desobedientes a la exigencia centrípeta de Castilla la Vieja? (¿Y quién, además, y a partir de qué momento, se ha atrevido a llamar vieja a Castilla, cuando el pueblo andaluz es el más antiguo del Mediterráneo, más aún que el romano y que el griego? Castilla la Vieja será vieja comparada con Castilla la Nueva. Pero eso, en el fondo, es cosa de ellas dos).

Málaga, ¿es tradicionalmente liberal por marinera y *muy de vuelta*, o más que liberal será una distraída? Málaga, mezcla de fasto y de cochambre, en cuyo censo íntimo, como en el de Jerez, tanto abundan los apellidos extranjeros, sin siquiera esa acomodación a una lengua más aterciopelada que endulzó los apellidos alemanes y suizos en La Carolina o La Parrilla, donde se asentaron emigrantes de países, que, dos siglos después, están dando trabajo a nuestros emigrantes. (Todo el mundo sabe que la vida da muchas vueltas, pero hay algunas que son verdaderamente vueltas de campana). ¿Ha heredado Málaga de Sevilla la conciencia de ser un *ballet*, en el que todos los sevillanos debían participar —eso pensaba Ortega— para el agrado de sus visitantes? ¿O, en realidad, a Málaga le traen al fresco los espectadores —de los que, más o menos, vive— y es ella la que a sí misma se divierte? (¿Hasta qué punto un flamenco, ya metido en harina, baila o canta para quien le pagó? ¿Puede un turismo —ni demasiado rico, ni demasiado largo— mudar idiosincrasias milenarias? Hacer más confortable una silla de anea o *aliviarse* en una soleá, ¿diluirán la actitud trascendental de un pueblo o la agudizarán por reacción?).

Sevilla, una de las ciudades más ultrajadas por la sociedad de consumo, ¿ha sido ya vencida? Esa cabeza de las Indias, tan cantada, ¿habrá dejado de cantar? ¿Era, en serio, tan superficial como se dijo? ¿En el señorito, la guasa, las eses resbaladas y las palmas se acababa Sevilla? ¿No había, bajo la más evidente *representación*, una oscura mirada de repulsa hacia los que esa representación encandilaba? Cuando, marchando hacia el destierro francés y hacia la muerte, le pregunta la anciana y desvivida y atónita Ana Ruiz a su desvivido hijo Antonio Machado: *¿Llegaremos pronto a Sevilla?*, ¿acaso no le estaría preguntando por «el lugar del refrigerio, de la luz y la paz» como la Iglesia define el último paraíso?

¿Y Granada: esa Granada que se parece a Toledo no por lo árabe sino por lo hebreo? ¿Es que se la inventaron, como a Calderón de la Barca, los románticos? ¿Es que el diálogo del Albaicín y de La Alham-

bra está montado por Pepe Tamayo? ¿Qué es Mariana Pineda?: ¿un personaje —flojo— de García Lorca? Entonces las Cortes de Cádiz serían sólo una comedia de Pemán y la historia de nuestras agitaciones campesinas, una broma de Díaz del Moral, el notario de Bujalance.

Y nada que se asemeje menos a la bandeja ofrecida de Granada que la reconditez de Córdoba y el mutismo de ojos vociferantes de su pueblo. (La mesocracia es otra cosa: cuando no habla, que es muy pocas veces, es porque no se le ocurre ninguna tontería y no por senequismo). ¿Entusiasmará a Córdoba un plan de desarrollo o una autopista del sol: a una ciudad que fue literalmente el ombligo de un orbe y cuya aportación a la cultura occidental sólo con la de Atenas puede paragonarse? ¿Se boquiabrirá Córdoba bajo qué rascacielos, si tuvo a su vera Medina Azahara, ante cuya belleza todos los palacios reales posteriores no han sido más que alcobas realquiladas con derecho a cocina?

Almería, deshidratada de sus hombres, ¿es que de veras se ha maquillado para rodar bajo los focos de un *plató* o para ser rodada, que es peor? ¿La luz de esos focos ha amortecido el sol de Almería? ¿La Alcazaba ya no mira a La Chanca, ni La Chanca —con sus ojos sin tracoma por fin— mira ya a La Alcazaba?

Huelva, que es «*La Rábida, Puntaumbria y ver los barcos venir*», que es Juan Ramón y el Rocío y la Sierra y la playa y las marismas, ¿es sólo todo esto?

Para ser *el andaluz universal*, ¿no habría que elegir antes que nada una muy concreta Andalucía? Aunque, si tan distintos son sus rostros y talentos y ademanes, una idéntica savia ha alimentado a estas ocho provincias en los mismos manteles: sabiduría, austeridad, parsimonia y desdén. Y es esa savia la que hay que investigar. Para eso se inaugura este Congreso.

Cuenta Chateaubriand que, al coronar Sierra Morena los Cien Mil Hijos de San Luis y descubrir la campiña andaluza, los batallones presentaron armas —sin poderlo evitar, sin orden previa— a la tierra maravillosa. Los Cien Mil, aparte de no pintar nada aquí y de ser demasiados hijos para un santo, ni siquiera tuvieron un gesto original: ya lo había hecho un tío segundo suyo —Fernando III primo de San Luis— al contemplar el «*tibi dabo*» radiante y feraz de Andalucía: un decorado abierto como una mano abierta, donde han representado sus brillantes o míseros papeles en la Historia tantas razas, tantas cultu-

ras, tantas religiones. Se excava aquí, y aparecen rosadas piedras moli-  
neras árabes, ánforas para el aceite tartésicas, iberas o romanas, can-  
diles de todos, las cenizas de los muertos de todos. Sobre esta gleba  
tanto han pisado los siglos, que los imperios pueden caer sin fragor,  
apenas levantando un poquito de polvo, como quien se echa a dormir  
simplemente una siesta. Andalucía, conquistadora de conquistadores,  
en este decorado, cuando ha sido preciso, ha cambiado de nombre,  
ha mudado de templo las aras y los dioses, ha mullido en silencio para  
el vencedor la cama del vencido, ha dispuesto sobre la mesa el pan que  
había cocido para otro y el aceite. Y se ha puesto a cantar. O quizá a  
lamentarse. O a echar mucho de menos. Pero cantando, mientras el  
aire, leve, movía los olivos de su paisaje, que la luna blanquea porque  
lo acaricia y el sol porque lo lame.

¿Podrá extrañar que esta actitud, paciente más que pasiva; esta  
«tenue gracilidad que ha sido invulnerable al embate terrible de las  
centurias y a la convulsión de las catástrofes»; esta tierra que ha con-  
vertido la cal en mármol diario; este pueblo persistente en su hondura,  
sumiso e indomable al mismo tiempo, fuese el paraíso anhelado que  
Castilla soñó con depredar y acabó depredando? Porque la Reconquis-  
ta (palabra que aplicada a Andalucía como *liberación* es un error his-  
tórico o una mera idiotéz) transformó en latifundios los entrañables  
cultivos familiares. Y, lo que es aún peor, sembró esos latifundios con  
la semilla del descontento y la insatisfacción. Desde aquellos *siglos*  
*gloriosos* nada funcionó bien. Los andaluces se fueron a las Indias, a  
Nápoles o a Flandes por las mismas tristes razones que se van hoy  
a Suiza. Y los que se quedaron —moriscos o cristianos: era igual—  
promovieron recurrentes alteraciones que han venido estremeciendo  
la amarga historia del alegre Sur.

Y Andalucía, que podía vivir sola y de hecho vivió, sucumbió a  
una desigual convivencia: no sólo no se sintió protegida, se sintió ma-  
niatada. Pasó de ser el ornato del mundo a ser una mendiga: la madre  
de los pícaros. Pasó de la civilización más refinada al analfabetismo  
más hiriente. Ay, dulce Andalucía, atractiva y exótica, casi pecami-  
nosa: el Hawai de los Reyes Cristianos que pensaban *retirarse* a tu  
molicie como viejos pensionistas ingleses. Andalucía, reiteradamente  
olvidada igual que una colonia bien segura, que inventaste el flamenco  
por el mismo motivo que los negros inventaron el *soul*: para poder que-  
jarte sin humillaciones: porque el flamenco, como todo lo perdurable

en esta vida, es una queja: la forma de llorar un grupo de oprimidos... Y aun de ese llanto todo el mundo ha sacado tajada.

Es difícil encontrar una nación que haya obtenido más de una de sus regiones y la haya maltratado tanto. En lo personal, sí hay otro ejemplo tal de ingratitud: el de Fernando V de Aragón conde de Barcelona (al que el propio papa Alejandro VI confesaba que le había dado el nombre de *Católico* más que nada para molestar a los franceses), y Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán. La mezquindad frente a la magnanimidad; la exigencia de cuentas frente al regalo de un reino; las promesas mentidas para retener a quien toda Europa codiciaba, aprovechando que, por ser su mejor súbdito, no lo abandonaría; la inútil crueldad de arrasar en Montilla el solar de sus antepasados; el no dejarle nada, nada, nada que no fuese el «derecho a la queja» —otra vez esa queja— ante la Historia y Dios.

Desde entonces, durante demasiado tiempo, Andalucía ha sido donante involuntaria de sangre. Y con la suya, como suele ocurrir con cualquier sangre, grandes negocios se han realizado. Y en otras geografías, para mayor escarnio. Andalucía se halla largamente cansada de no recibir respuesta a sus entregas: de ahorro, de mano de obra, de consumo, de infinita paciencia. Cansada de enriquecer, con su emigración y su turismo, al común del país, sin que se tomen en serio sus problemas. Cansada de que «como ella es tan fulera y tan dada a las vanas palabras» se le quiera curar el cáncer con aspirina y con mercurocromo. Cansada de premeditados desaciertos. Cansada de ser desde hace siglos *tierra de conquista* que se reparten los conquistadores, o *colonia* que explotan los de fuera dándole un pirulí condescendiente a los hijos de los colonizados.

Andalucía es, sí, la bella durmiente. Pero una bella durmiente se muere o se despierta. Son demasiados años los que lleva dormida; demasiados, los que lleva aguardando el beso de amor: justamente lo contrario de lo que ha recibido. Y el despertar sin vueltas ha de suceder ya. Ya ha sucedido. Yo he apoyado mi oído en el corazón de nuestras gentes y sé que late con alarmante irritación. Yo conozco a mi pueblo, porque le pertenezco y él me asume, y sé que está muy hartado; que le duele la cal de los huesos de ver a la que ama mal vestida y hambrienta, con lo tibia, lo hermosa y bien dotada que la hizo Dios un día.

Andalucía hoy se está poniendo en pie para que sus reivindicaciones no sean más portegadas, ni sea desatendida su agonía. Para que cuanto dio a España —no ya en su Historia, lo que es inmensurable, sino ayer mismo— se tase con justicia. Para demostrar que su destino no es suplicar que *la desarrollen*, sino conseguir que la dejen desarrollarse sola. Andalucía hoy se está poniendo en pie no para reclamar atrasos de cuentas impagadas, ni esperar que le abonen intereses de préstamos, sino para comparecer con voz y voto en la reestructuración completa de la patria; en la mudanza de posiciones desiguales entre regiones que tantos siglos, juntas, han conformado este cajón de sastre que se llama España. Porque, a pesar de todo, Andalucía no es partidaria de los separatismos, sino de las recíprocamente respetadas autonomías. Aquella unidad española, de que tan pronto se alardeó, fue imaginaria siempre: una unidad *impuesta* sobre la base de una religión, también *impuesta*, en Andalucía sobre todo. Tal unidad era la más fácil de lograr para las apariencias: mucho más que la unidad de lenguas, de culturas, de aspiraciones, de orígenes, de geografías o de razas. Y sobre esa fantasmagórica unidad se edificó y se arruinó un Imperio sin que, en los tres siglos que se mantuvo, surgiera un verdadero estado nacional, y sin que la auténtica unidad la obtuvieran después tampoco ni la cerrazón absorta del 98, ni la huera fraseología posterior a 1939. Y es que la definitiva unidad de España ha de alcanzarse ahora, precisamente a través de las autonomías que fijen, clarifiquen y enlacen los distintos retazos de la gran Piel de Toro.

Así las cosas, es preciso que Andalucía construya un frente común. Es preciso que se unan todas las Andalucías en una autónoma, más alegre, más alta y más ensimismada. Es preciso que los partidos y las ideologías den un compás de espera a sus proyectos, y trabajen reunidos en el más urgente y fervoroso: Andalucía. Es preciso que se inventarién nuestras realidades desde aquí mismo, sin atender datos de fuera, ni soluciones, ni consejos, ni más buenas palabras, ni más paños calientes. Es preciso que Andalucía yerga su frente y mire sus cultivos, sus industrias, sus campos y sus mares. Así las cosas es preciso que recuerde otros tiempos, sus hijos de otros tiempos a los que nadie compró ni apabulló. Que recuerde la Vereda de la Plata, las Alpujarras, Sierra Morena, los garrochistas y los aceituneros de Bailén, los liberales antifernardinos, la Junta Soberana de Andújar en 1835, la Primera Internacional Socialista de Málaga en 1870, la Constitución

Federalista de Antequera en 1883, las agitaciones campesinas en el primer cuarto de este siglo contra oligarcas que ni vivían aquí. Que recuerde a los promotores de su ideal y de su libertad: a Guzmán Seritorio, a Fermín Salvochea, al maestro Escosura, a Pivavea, a Alvarez de Salamanca, a Díaz del Moral, a Fermín Requena, a Méndez Bejarano, a Isidoro de las Cajigas, a Blas Infante, sobre cuya muerte ya ondea la bandera soñada. Es preciso que Andalucía recuerde tantas luchas vividas por seguir siendo ella, y vuelva en sí de su desprecio histórico que la hizo siempre ser malentendida.

La última lucha, la última vuelta en sí que se propone es el Congreso de Cultura Andaluza que inauguramos hoy, en un nuevo Domingo de Resurrección. La reina descalza, la hermosa reina todavía harapienta se incorpora de su duermavelea; levanta con sus manos encallecidas el espejo mágico casi olvidado ya; reconoce sus iluminadas facciones; empuña la bandera de su dominio: una bandera en la que no se sabe si a la esperanza la representa el verde, como suele, o el blanco, que es lo que está por hacer todavía; se levanta ágilmente y rompe a cantar con la voz hecha júbilo.

Las ocho bellas hermanas y sus hijos —donde quiera que se encuentren— vuelven hoy atrás los ojos un momento. Apenas un momento: lo suficiente para rememorar el tiempo en el que fueron la primera irradiación cultural de Occidente, antes de que las expulsiones de árabes, moriscos y judíos echaran un tenebroso velo sobre el brillo y la gloria de sus mil y una noches de sabiduría; el tiempo en que los nombres andaluces, «tanto por plumas cuanto por espadas», colmaron la Historia de ese anhelo denominado España; el tiempo en que los caballeros del Sur arrebataban, allí donde estuvieran, «en la sortija el premio de la gala, / en el torneo el de la valentía»; el tiempo —desde las Cortes de Cádiz hasta el asesinato de Cánovas y la exaltación de Silvela, andaluces los dos— en que España vivió bajo su hegemonía y en el que las ideas se pronunciaban con acento andaluz; el tiempo más reciente, en que la poesía levantó sus claros surtidores en los patios sureños y fueron poetas andaluces los dos últimos Premios Nobel españoles... Un momento su mirada hacia atrás las ocho hermanas. Un momento hoy, porque ni el verde ni el blanco de su enseña consienten recordar las injusticias. Un momento hoy, para enseguida dirigirse adelante, a un futuro difícil y espléndido a la vez: el futuro en que cada hijo suyo tenga trabajo sin precisar salir de su paisaje, sea y se

sienta dueño de su trabajo y su pan y su destino: el jubiloso destino de haber nacido andaluz hasta la muerte, andaluz otra vez con la ilusión de serlo.

Al terminar la guerra de los tres años gran parte del pueblo español tuvo —entre otras causas porque la guerra había terminado— un verdadero ataque de ilusión. El pueblo se dejó llevar por su propia esperanza, por su deseo de iluminación, por su afán de descanso, por su infinita ansia de encontrar un Mesías. Pronto los ídolos le dejaron los dedos manchados de purpurina y vio que las estrellas y los luceros eran papel de plata. Un pueblo secularmente acostumbrado al hambre tuvo el postrer denuedo de creerse lo que a diario se le repetía: su grandeza, su vocación de Imperio, su autarquía, su reserva incomparable de valores que lo elevaban a cantera espiritual del Occidente. Hasta que ya no fue posible el autoengaño. Hasta que descubrió el terrible timo de la estampita. Y se desentendió. Prefirió hablar de fútbol o de toros o de apariciones de María Santísima. Con los ojos cerrados. Para no ver la corrupción de las alturas. Para no tener que aullar su desencanto. Porque las grandes luces de la Historia se habían transformado en bombillas de quince wátios para nada. Porque apretarse, hasta la estrangulación, los cinturones no había servido sino para que a unos cuantos les engordaran la bolsa. Porque los gritos rituales y las desaforadas promesas de una *era triunfal* se fueron transmutando en transistores, vespas, tocadiscos, frigoríficos, lavavajillas, coches utilitarios y pisitos a plazos. Porque los ríos de sangre derramada concluyeron empapándose con los impresos de las letras de cambio...

España ha vivido cuarenta años en medio de una absoluta y esencial desilusión. No sabemos si está saliendo enteramente de ella. Y aun salir de una desilusión no es todavía estar ilusionado. Sin embargo, con una ciega seguridad, yo conozco que lo principal que exige nuestro pueblo es eso: la ilusión. Ilusión de sentirse vivir, de tocarse, de mirarse a los ojos reabiertos, de recuperar su enorme capacidad de entrega, de amor, de regocijo y de modesto orgullo. Sin ilusión este pueblo no da —no lo ha dado jamás— un solo paso. Sin ilusión se negará a colaborar, a acatar órdenes, a recibir sugerencias, a hacerse coherente y flexible, a aceptar y ofrecer sus diferencias fraternales y aun sus contradicciones. Sin ilusión volverá a ocultar bajo el ala de nuevo la cabeza para dormir, para soñar, para ignorar la verdad: que duele, pero que al tiempo salva y hace libres. Sin ilusión continuará exigiendo lo que



antes más que antes: un piso mayor, una parcela, un chalet junto al mar... Tener, tener, tener. (Sencillamente porque cuando no *somos* —o no nos dejan ser— nos transformamos en coleccionistas. Y queremos, por lo menos, *tener cosas*. Y cuantas más mejor). Y esa ilusión sólo se logrará distribuyendo a manos llenas —por ósmosis o a través de vasos comunicantes o como quien siembra trigo surco a surco— la flor de la cultura; promocionando la alegría igual que un detergente que elimina las manchas; edificando en este sombrío descampado, lleno de suciedad y de latas vacías, en que hemos habitado a tientas tantos años oscuros; llamando a las cosas por sus nombres simples y limpios; confiando sinceramente en el pueblo y sus poderes, sin cohartarlo y sin amenazarlo. Porque nuestro pueblo andaluz siempre ha entendido mejor las palabras de los poetas que las de los políticos. Y a este pueblo —cerenado, desmochado, atiborrado de somníferos— le fueron arrancados su cántico y su voz. Ahora hay que devolvérselos y vendrá la ilusión. Balbuceante, tierna como un botón de rosa, inadvertida como la primavera, muy poco a poco. Pero inundándolo todo con su olor y su clima, sosteniéndolo todo, verificando el milagro demorado de transmutar una grey en un pueblo.

Porque mirar a nuestra cultura hoy produce el mismo escalofrío que mirar un desierto nocturno y enemigo. Pertenece a un pueblo que no se reconoce, que se encuentra distante de sí mismo, despreocupado a la fuerza de cuanto fue y cuanto pudo ser; un pueblo al que se ha condenado a la ignorancia. A ignorancia perpetua: pena que no se abole con ningún indulto, ni ninguna amnistía; pena que hay que quebrar como se quiebra una cadena —con rebeldía, decisión y brío— o en la que moriremos sin haber vislumbrado la luz nueva.

Durante siglos han sido desvalijadas nuestras bibliotecas, desguzados nuestros monumentos, saqueados nuestras iglesias y museos, puesto a la venta cuanto podía ser vendido. Más de un tercio de los documentos que aún conservan nuestros archivos, después de haberse expoliado toneladas de Historia, precisan restaurarse. El presupuesto anual de nuestras bibliotecas públicas oscila alrededor de cinco mil pesetas. Los bibliotecarios son, en número, los que hace un siglo largo. Los ateneos, concurridos de polvo y de desinterés, languidecen entre olor a polilla. (La cultura, al volver, no encontrará dónde sentarse). Los organismos que la dictadura creó para ocuparse de ese objeto potente y delicado a la vez que es la cultura, fueron una aplastante buro-

cracia instrumentalizada por el control político y por la propaganda ideológica. Sus funciones esenciales eran centralizar y censurar. Ni un ápice positivo provino de ellos. Se redujeron a vetar, a eximirse y a ver, como los tontos, el dedo que señala la luna en vez de ver la luna. El alma se desorbita imaginando los miles de millones gastados en mantener a un pueblo lejos de su cultura por turbios organismos que sufragaba él mismo. ¿Y es que concluye aquí el censo del destrozo? Ojalá fuera así. Mucho mayor, más hondo es y más irremediable.

Porque el Diccionario de la Real Academia tiene de la cultura, como de otras muchas cosas, un concepto muy parco. Según él es —y ni siquiera en el sentido directo, sino en el figurado— «el resultado o efecto de cultivar los conocimientos humanos y de afinarse, por medio del ejercicio, las facultades intelectuales del hombre». A mí me parece éste un sentido excesivamente *figurado*. La realidad es más alta y más profunda. La cultura ha de entenderse como algo mucho más definitivo: la suma de una raza, de una casta, de unas lenguas y sus emanaciones, de una tradición, de una historia (o mejor, de una intrahistoria, o sea la historia verdadera, cuyos cauces son subterráneos y prístinos y transcurren indiferentes a los modos externos de la «historia»), de unas religiones, de unos comportamientos, de unos ideales, de unas artes ya asimiladas y digeridas y de sus manifestaciones. Para mí la cultura es el único concepto en que puede apoyarse y crecer el de patria, precisamente por ser el camino más recto para la autoidentificación y autoconfirmación de un pueblo. Se trata de una creación colectiva siempre en trance de *irse haciendo*, jamás hecha del todo, como el amor: porque eso sería su momificación, su clausura, su conversión en objeto de estudio o de museo. Y la cultura es, primero, *viva* —igual que una lengua que se habla y prospera o viene a menos: nada muerto se arriesga— y, luego y como consecuencia, *obra en común*: una herencia o un recado que se recibe y ha de incrementarse y transmitirse a los que después vengan.

Desconfío de ese *afinamiento de las facultades intelectuales del hombre*. Para mí la cultura es mucho más o quizá mucho menos. Creo que hay vías de conocimiento no intelectuales, sino viscerales. Creo que la cultura —como concepción vital o actitud ante el mundo— se adquiere, sobre todo, por *vías respiratorias* o por *vías lácteas*: respirando o mamando: naciendo en la mitad de un aire y un entorno, sintiéndose envuelto por él, pronunciando de un modo peculiar un idio-

ma, pasando ante unos monumentos, siendo afectado por vocaciones transmitidas, contemplando unas huellas, insertando lo personal en un cañamazo previo y casi invariable (o acaso invariable). La cultura actúa siempre de *abajo arriba* (la más subida y verde rama del árbol es una extremidad de la raíz; los árboles más viejos comienzan a morir por la copa, que es su exterior inmediato y más reciente). La cultura actúa siempre de *dentro afuera* (característica de ella es su espontaneidad: lo contrario del énfasis, de lo ampuloso, del ademán teatral y vacío). De ahí sus dos notas derivadas: primera, la cultura es lo contrapuesto a los personalismos (*los intelectuales* no son sus protagonistas, ni sus depositarios, ni siquiera sus guardias de tráfico: son sólo unos observadores atentos que, en ciertos casos milagrosamente, producen una *concreción* de tal cultura: una *summa culturae*, como el lugar en que nos encontramos, por ejemplo; pero la habitual aportación suele ser más *prestada* y más *vehicular* y más de gestos cotidianos); segunda, la cultura es lo contrapuesto a las imposiciones, a los señalamientos, a las consignas, a las directrices (nada hay más anti-río que un pantano o una presa: un río puede sumirse o inundar o estiararse y sigue siendo río: lo anti-fluvial son las obras hidráulicas).

Pensando así, mirad cuánta era la inaplazable, la insistente urgencia de este Congreso de Cultura que hoy lanza, por mi boca, su primer vagido, y cuyo protagonista es el pueblo —o sea, también nosotros—; y su autor, el pueblo faenando codo con codo; y su objeto, el pueblo en cualquiera de sus pertenencias, circunstancias, complejidades, posibilidades y expresiones. La mejor forma de resolver un problema es investigar sus causas y sus interrelaciones con los demás problemas. Y así, con la intachable y eterna voluntad andaluza de belleza y la actualizada aspiración al compartido bienestar, el Congreso de Cultura podrá ofrecer a nuestro pueblo —es decir, ofrecernos— su primitiva imagen, eliminado los infames retoques, y la propuesta de unas conclusiones que ese pueblo —nosotros— pueda asimilar como propias para cumplir su porvenir de acuerdo con su Historia. Porque la Historia no es simétrica, pero en ella, de una sutil manera, coinciden siempre memoria y profecía.

Vivamos, pues, a partir de este instante, una hora de esperanzas y de recuperaciones, no de iras ni de pérdidas. Una hora de corregir lo que otros no supieron o quisieron hacer. Una hora de erigirse cada uno —rotunda y solidariamente— en responsable de su conciencia, de su

casa, de su oficio, de su trozo de acera, de su trozo de la ciudad en que vive, de su trozo de Andalucía: Quienes quieran lo mejor para su patria, conózcanla antes a fondo: porque es el conocimiento quien engendra el amor y el amor quien multiplica y perfila aquel conocimiento. Eso es lo que aspira a demostrar este Congreso. Naciendo donde nace, en este reducto tantas veces sagrado y venerable y materializador de culturas, no puede fracasar. Para fortificar tal seguridad yo pido, por amor, sólo por amor (que es una obligación devota y un trabajo liviano y un jocundo esfuerzo) la apasionada colaboración de todos, que para todos hay tarea en la larga marcha que hoy iniciamos hacia la Andalucía de la Promisión.

Hermanos andaluces, para que desde ahora podamos serlo con más orgullo, con más seguridad, con mayor ilusión, con más gozo que nunca, ¡Viva Andalucía viva!

Antonio GALA

## ACUERDOS DE LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE

Tras las palabras de Antonio Gala, habló de nuevo Emilio Pérez Ruíz, en nombre de las entidades inscritas como socios fundadores del Congreso de Cultura Andaluza, para decir:

«Queda constituido el Congreso de Cultura Andaluza, aprobados sus estatutos sociales y designado el Secretariado Provisional propuestos por la Comisión Promotora.

Queda nombrado Congresista número uno, D. Vicente Aleixandre, andaluz y Premio Nobel de Literatura».



CONGRESO  
DE CULTURA  
ANDALUZA